

LA TELA DE ARAÑA

La ansiedad le mordisqueaba el estómago hasta hacerle sentirse incómodo, pero amaba aquella sensación. El deseo le envenenaba la voluntad hasta provocar que perdiera el control de sí mismo, pero le gustaba abandonarse a su propia suerte. Y es que sus días se reducían a una pesada y gris monotonía hasta el instante en que se sentaba frente a la pantalla de su ordenador. Entonces comenzaba una espiral de frenesí de la que nunca podía escapar. Ignoraba el origen de aquellos incontenibles arrebatos aunque era consciente de que, sin remedio, él mismo se supeditaba indefenso a su destino cuando éstos aparecían, siempre al caer la noche. Se creía deliciosamente maldito, inconfesablemente perverso, pero era inevitable. Y asumía su extraña condición con el beneplácito que le ofrecía saber que era incapaz de dominarse.

Lo había intentado muchas veces pero, desde que se decidió a llegar hasta el final, sólo dos pequeñas habían mordido el anzuelo. Hacerse pasar por una colegiala frustrada e inadaptada no siempre daba sus frutos para captar a aquellas que sufrían su misma supuesta condición. Pero una vez entablada conversación a través del teclado, sólo quedaba atraerlas con sutileza hacia su tela de araña, tenderles la mano enfundada en un guante de complicidad y comprensión, fabricar con palabras escogidas un ovillo de seda pegajosa que les hiciera sentirse apoyadas, confiadas, arropadas por su nueva amiga virtual. Para ello se conectaba a la Red con un seuelo vestido de inocencia, un nombre atractivo a veces seguido de un número que, intuitivamente, condujera a sus posibles interlocutoras a tratar de adivinar su edad. “Alegría14”, “Solo_Amor”, “Ilusión13”... Sí, eran sobrenombres perfectos para ingresar con facilidad en una conversación de adolescentes recién diplomadas en la aventura de la vida, muchachas aún niñas o niñas con formas de muchachas que jamás podrían ni siquiera sospechar que quien se disfrazaba detrás de aquellos alias era otra persona muy distinta a quienes ellas imaginaban, que, en definitiva, se trataba de un hombre.

¡Cuánto tiempo perdido! Habían pasado muchos años hasta que se había decidido a dar el gran paso. Le violentaba acudir a las salidas de los colegios o pasear con falsa distracción los domingos por los parques para observar a las pequeñas. No le gustaba dejarse

ver fuera de los lugares que frecuentaba habitualmente de lunes a viernes por pura necesidad. Su trabajo, el metro o el autobús, el bloque de pisos donde vivía, el trato insípido con los vecinos cuando coincidían en el ascensor o en el garaje al sacar el coche. Educación, ante todo educación y exquisita puesta en escena. Estaba convencido de que todos le tenían por una persona cordial, amable y solícita, alguien en quien se podía confiar aunque sólo fuera para el cuidado de las plantas cuando salían de vacaciones o atender la visita de un operario cuando estaban fuera de sus hogares. ¡Incluso muchos de ellos le habían confiado las llaves de sus casas de forma permanente por si surgía cualquier imprevisto! De cualquier manera, jamás había fisgoneado con impertinencia las vidas ajenas. Pocas veces se había escondido tras las cortinas para curiosear o había sucumbido a las tentaciones de escrutar las pertenencias de sus vecinos cuando estaban ausentes, sí, concretamente de aquellos que tenían hijas pequeñas pero ya capaces de conectarse a través del ordenador por las tardes en busca de amistades nuevas o usadas. Sabía quiénes eran todas aquellas chiquillas, en qué habitaciones dormían, incluso el armario o los cajones dónde debían de guardar su ropa interior. Pero aquel era su territorio y tenía que quedar limpio, luciendo una pulcritud que le alejara de cualquier sospecha.

Efectivamente. Su gran ventaja era el anonimato, las tinieblas con que la Red envolvía a todos aquellos que querían aparentar una falsa identidad. Ahí nunca había una luna llena que desvelara sus intenciones, no, ni siquiera con una lánguida claridad que pudiera proyectar sobre cualquiera una mínima sombra de duda. Podía exhibirse inocente y transfigurado en una niña, pero sólo era una piel artificial que escondía debajo a alguien tan astuto e implacable como un lobo.

Había pasado ya mucho tiempo desde que, como un rito de iniciación ofrecido por la gracia de las nuevas tecnologías, comenzó a frecuentar las páginas proscritas que mostraban fotografías de pequeñas a medio vestir o a medio desnudar, sitios prohibidos que regalaban la ambrosía que necesitaba su espíritu. Lo que al principio creyó una bendición del cielo pronto se tornó aburrida. Se cansó. Necesitaba algo más, algo que satisficiera sus infinitas expectativas de deseo. El simple hecho de poder ver era ya del todo insuficiente. Quería observar sin una pantalla de por medio, tocar, oler, sentir. Por eso resolvió dar un paso más para saciar su apetito. Tenía que atreverse a caminar entre ninfas utilizando una conversación prefabricada. Después, si era lo suficientemente hábil, las atraería hacia sí. Debía envolver aquella relación de tú a tú, de niña a niña, en una especie de confabulación entre dos amigas, un entorno agradable y cómplice en el que su víctima se sintiera cómoda. Entonces sólo tendría que citarse con ella y llegar así al éxtasis.

—Estoy harta de ellos —le había escrito Raquel hacía unos pocos días refiriéndose a sus padres—. Me ignoran a todas horas hasta que, de repente, sin saber por qué, pierden la paciencia y me regañan sin motivo.

—Los mayores son así —le decía él bajo su trampa con nombre femenino—. Sobre todo mi madre, que es insoportable, porque mi padre tiene otro rollo. Pero a esa bruja no hay quien la entienda. Yo también estoy cansada de que me ordene y me ordene sin dar explicaciones.

—No saben que ya podemos movernos sin ellos —se mostraba Raquel orgullosa de sus doce años recién cumplidos—, que no les necesitamos para nada. ¡Idiotas!

—¡Desde luego que no! Pero es que tienen que hacerse los importantes porque, si no nos fastidian, no están contentos —acercó él la miel a sus labios.

Aquella tarde sería de nuevo su gran momento, sí, su tercer gran momento, esta vez con Raquel. Pero siempre estaría oculto, sin dejar rastro, en el más absoluto secreto. Las dos ocasiones anteriores habían resultado fáciles, placenteras, todo un éxito. Era muy difícil llegar a un cara a cara con alguna de sus ilusas amigas del otro lado del ordenador. Sabía que no podía forzar la situación. Debía dejarla fluir, que navegara con sutileza hacia el fin que perseguía. Era consciente de que no podría tener más que un pequeño manojito de oportunidades entre un millón, y que de aquel puñado tan sólo unas pocas serían efectivas. Debía, por lo tanto, aprovechar las ocasiones en que la fortuna le fuera propicia.

Había aprendido que la invasión de adrenalina que soportaba su cuerpo aquella tarde sólo era el preámbulo de la delicia suma. Recordaba su primera vez, cómo había contactado con “Natalia12”, una *lolita* al más puro estilo de Vladimir Nabokov. Se acercó cibernéticamente a ella cuando observó la imagen que había colocado bajo su apodo en aquella sala virtual de interrelación entre preadolescentes. El icono mostraba a una muñeca triste atrapada en un cepo para cazar animales. De fondo, un bosque lúgubre y amenazante. No lo pensó dos veces y sólo unos segundos le fueron suficientes para crear a “Esperanza13”, un *alter ego* para deambular ante ella ocultando su pelaje oscuro. No le costó demasiado entablar una conversación con “Natalia12”. A los pocos minutos, cuando habían tomado cierta confianza, él puso en práctica su gran mentira, el gran escenario del desastre: “Esperanza13” era infeliz, intensa e irremediamente desdichada. Se sentía sola y desplazada por sus compañeras de clase porque a ella sí le gustaba estudiar, porque pasaba el tiempo leyendo y no entre cuerdas de saltar a la comba o aquellos cuadros en el suelo pintados con tiza, porque todos hacían crueles chistes por su inexpresividad o por sus pocas ganas de hablar. ¡Qué historia tan maravillosa! Incluso recordaba que, en aquellos momentos,

deseó que fuera verdad. Y lo fue, porque “Natalia12” era su alma gemela, una pequeña solitaria que carecía de amigas y cuya falta de atención por parte de sus padres había llegado a convencerla de que no la querían, de que era un estorbo en casa. Bastó una semana para que “Natalia12” congeniara con ella, con él, para que se agarraran con la fuerza que la desesperación provoca en los sentidos. Se intercambiaron fotografías a través de la Red. Su víctima era lo mejor que le había pasado en toda su vida, con aquel rostro de gesto dulce, con sus cabellos lisos y castaños impecablemente peinados, con la inocencia impresa en sus ojos negros. Ella estaba decidida a abandonarse a su nueva amiga, a la única en el mundo que la quería y la entendía, que la apoyaba y que deseaba que fuera feliz.

Por un instante volvió a la realidad y se centró de nuevo en Raquel. La niña estaba decidida a romper con su vida al igual que sus padres lo habían hecho con su matrimonio.

—Me gustaría ser mayor como ellos para hacer lo que me dé la gana.

—No tienes por qué esperar. Yo ya salgo sola cuando quiero. Mi padre me deja —le tentó él disfrazado de ella.

—¡Qué *guay*! —se alegró llena de inocente envidia.

—Mi padre sí que es *guay*. Es mi colega. Si lo conocieras...

Rememorar la última conversación con Raquel le hizo volver de nuevo la vista atrás. Aquella primera vez... ¡Qué casualidad! “Natalia12” y ella, y él, vivían en el mismo barrio, a sólo unas pocas manzanas de distancia, aunque “Esperanza13” sabía perfectamente que era mentira, que tendría que conducir más de un centenar de kilómetros para poderla ver, que todo había sido una estrategia para facilitar las cosas, que hubiera jurado ante lo más sagrado que eran casi vecinas de bloque aunque hubiera vivido en la otra punta del país. Se citaron una tarde en una esquina muy cerca de un centro comercial cercano a la casa de la pequeña, a las afueras de la ciudad. Recordaba cómo le temblaba ligeramente el pulso de emoción cuando, aparcado en la acera de enfrente, pudo descubrirla. Estaba sola, oteando el horizonte de puntillas en busca de su nueva amiga y confidente. Vestía como una niña, miraba como una niña, se movía como una niña. ¡Era una niña! ¡Era para él! Observó los alrededores, a la gente caminar, a los que pasaban frente a ella, a aquellos que esperaban a otras personas y a los que no. Y tras cerciorarse de que “Natalia12” no estaba acompañada, arrancó el coche. Esperó a que el semáforo cambiara su luz roja por la verde. Se acercó hasta donde estaba ella de pie y se detuvo. Bajó la ventanilla y, sin moverse de su asiento, le preguntó.

—¿Eres “Natalia12”?

La niña le observó asombrada, quizá recelosa, pero él ni siquiera le dio la oportunidad de responder. Había que darlo todo por hecho si quería conseguirla.

—Soy el padre de Esperanza. Ella se ha torcido un tobillo y no puede venir. Sólo quería avisarte de que está en casa con el pie en alto. Seguro que podréis veros otro día. Lo siento —y esperó a que una mueca de decepción apareciera en la cara angelical de Natalia—. Aunque, si quieres, puedo acercarte a casa y así estáis juntas toda la tarde. Puedes hacerle compañía.

Le guiñó un ojo embustero y ella, tras dudar tan sólo un instante, quedó atrapada por su mentira pegajosa y accedió. Se sentó junto a él y miró hacia delante. Estaba cohibida porque, aunque aquel adulto era el padre de su amiga, ahora debía de conocer los más íntimos secretos de sus conversaciones, sí, porque Esperanza se lo tenía que haber contado para que él pudiera avisarla. Pero también estaba contenta porque, al fin, iban a encontrarse. Él condujo durante varios minutos en silencio, mirando de reojo las rodillas que apenas tapaban la falda de “Natalia12”. Era una tarde calurosa de primavera y ya no hacía falta utilizar medias.

—¿Queda mucho para llegar?

Fueron las últimas palabras que escuchó de sus labios carnosos y sonrosados. No tenía ninguna prisa. No debía desesperar. Tenía que tener paciencia y hacer las cosas sin una precipitación que pudiera resultar fatal. Era consciente de que desconocía la ciudad y que, si no aparcaba pronto, Natalia comenzaría a sospechar. En cierta forma, era lógico. Él mismo, en boca de “Esperanza13”, le había asegurado que vivían muy cerca la una de la otra, aunque jamás dio una dirección concreta. No había que dejar pistas tras de sí.

Por fin logró encontrar un lugar para estacionar el coche. Se trataba de una calle angosta, poco transitada y sin salida. Fingió comprobar que todas las ventanillas del automóvil estaban subidas antes de abrir las portezuelas. Eso le sirvió para poder observar los alrededores con tranquilidad. Nadie a la vista. Estaban solos. Necesitaba únicamente un minuto para arrancar nuevamente el coche y desaparecer para siempre, sesenta segundos que emplearía en estrangular la garganta de Natalia con sus propias manos. Ella no fue jamás consciente de que la vida se le escapó atenazada entre los dedos de un hombre que nunca se llamó Esperanza, que nunca fue Esperanza, su anhelada Esperanza.

Aún podía escuchar el sonido del cuerpo inerte de la niña caer hacia delante cuando lo empujó en el mismo asiento y, de esa forma, ocultarlo de miradas ajenas. Después condujo con tranquilidad hasta abandonar la ciudad y tomar un camino que, serpenteando, le llevó hasta una pequeña vega entre unos cerros abarrotados de encinas. El sol se despedía lentamente. Allí, aislado, en silencio, entre la penumbra que le ofrecía una noche incipiente y las sombras de los árboles, sedujo, desnudó y violó repetidamente a Natalia hasta que las fuerzas y el deseo le abandonaron. Luego comenzó el ritual que tenía planeado como acto

final. Sacó una pala del maletero y cavó durante dos horas una fosa profunda. Allí arrojó el cuerpo de Natalia, su ropa de niña, sus zapatos nuevos de niña, su pequeño bolso de niña decorado con motivos de dibujos animados, su monedero de niña con un solitario billete de cinco euros. Allí la enterró y rellenó de tierra una tumba que nadie descubriría jamás porque nadie la buscaría allí, porque había hecho el trabajo a conciencia y no habría ni pistas ni indicios ni descuidos. Ni siquiera un perro sería capaz de escarbar tan abajo o de oler tan arriba.

El recuerdo de Natalia le transportó nuevamente de regreso a la realidad más inmediata.

—Mis padres me dejan hacer casi todo porque no les importa lo que me pase —había fanfarroneado amargamente Raquel.

—Entonces... no sé... me da un poco de miedo... —fingió él.

—¿Qué te da miedo?

Él esperó unos segundos antes de seguir escribiendo en su teclado. Tenía que despertar la curiosidad en Raquel.

—Estaba pensando... ¡Jooooo! No sé... Es que si nos pillan...

—¿Pero qué?

—Tus padres te dejan hacer lo que sea, ¿no?

—A veces...

—Pues entonces... ¿por qué no salimos juntas una tarde por el parque que hay cerca de tu casa?

—Pero vivimos un poco lejos —se quejó Raquel.

—Tomaré el autobús

—¿Ya te dejan ir sola?

—Bueno, sólo algunas veces, pero mi padre seguro que me lleva si se lo pido.

—¿Y no le importa?

—¡Qué va! Es mi colega.

—¡Qué *guay*!

Sin saber por qué le invadió de repente un halo de melancolía, o quizá fue un chispazo de incertidumbre. ¿Cómo se sentiría aquella misma tarde con Raquel? Sabía que la primera vez siempre provocaba un sabor especial, un recuerdo imborrable, una sensación irrepetible. Quizá por eso la siguiente fue un tanto decepcionante. Ni siquiera logró averiguar el verdadero nombre de aquella muchacha que siempre se había identificado como “Rosa Solitaria”. Se movía por un sitio virtual distinto al de Natalia. Él tampoco utilizó su mismo

alias. Entonces se presentó simplemente como “María15”, un personaje más maduro que “Esperanza13”, lo suficiente como para hacerse con más facilidad con las revelaciones de sus víctimas más jóvenes, obtenerlas sin reservas, sin tapujos. “Rosa Solitaria” resultó ser una desventurada muchacha de casi catorce años que se rindió a la sabiduría y delicadeza de su nueva amiga sin oponer resistencia alguna, sin miramientos, sin condiciones. Un trivial desencuentro amoroso torturaba sus entrañas y los consejos que “María15” le ofreció a través de la Red la llenaron de luz y de ilusión. Tanto, que quiso recompensarla con una merienda en la hamburguesería que, otra vez casualmente, siempre casualmente, ambas conocían porque residían en barrios cercanos.

Se citaron un sábado por la tarde. Esta vez no tuvo que conducir más de una treintena de kilómetros. El guión sería muy parecido al anterior. Se haría pasar por el padre de María y la invitaría a subir al coche pero, al contrario que la primera vez, ya tenía previsto dónde actuaría, cómo lo haría. Trataría de conservarla con vida hasta que todo hubiera pasado, y entonces, una vez satisfecho, deshacerse del objeto de su pasión justo en el mismo lugar donde lo hizo con Natalia. Así descansarían las dos juntas y, de esa forma, concentraba sus miedos en un mismo sitio.

Todo se desarrolló según tenía pensado, excepto que tuvo que golpearla dos veces hasta que perdió el sentido. Como una bella durmiente, la hizo suya antes de estrangularla con su propia blusa. “Rosa Solitaria” murió a dos semanas de llegar a su catorce cumpleaños. Durante meses hubo carteles en la ciudad dónde vivía acusando su desaparición, reclamando su presencia. Mostraban la fotografía de una guapísima adolescente morena, de grandes ojos negros y gesto agradable, sonriente. Aparentaba tener más edad de la que en realidad tenía. Él sabía que era sólo una niña aunque su cuerpo ya apuntara formas de mujer. Cuando lo dejó caer en la fosa supo que se había equivocado, que era demasiado mayor, que tenía que apuntar más bajo, que no era lo que satisfacía sus deseos, sus necesidades. ¿O quizá fuera que ya se estaba acostumbrando y precisaba de novedades?

Apartó los recuerdos agridulces de su memoria y se concentró en el momento que estaba a punto de vivir. Había detenido su coche a medio centenar de metros del lugar que había acordado con Raquel para aquella su primera y última cita. Sabía que era una muñeca de doce años, hija de padres separados, y que ninguno de los dos le prestaba la debida atención. Eso le había ocasionado desajustes en todas las facetas de su corta vida; en el colegio, con su familia, con sus escasos amigos. Era una pequeña perdida y acusada de desamparo por su propia conciencia. Por eso, cuando descubrió a “Libertad”, cuando le

descubrió a él, la sintonía fue perfecta. “Libertad” representaba todo aquello que ella deseaba y jamás tendría al alcance de la mano.

—Entonces, ¿dónde y a qué hora nos vemos? —le había preguntado ella la tarde anterior.

—Donde tú quieras. A mí me da igual. Mi padre me dejará donde yo le diga.

—Pues entonces... No sé... ¡Ah! ¡Sí! ¿Conoces el templete de música?

—¿Dentro del parque? —aventuró él.

—Sí, claro. En la esquina. Aunque... Mira, muy cerca está el callejón de San Luis. Es mejor que quedemos allí. Así ningún vecino podrá vernos. Tengo miedo de que luego se lo cuenten a mi madre y me pegue.

—¡Sí! ¡Mejor! ¡Qué buena idea! ¡El callejón de San Luis! Y...

—¿Qué?!

—¿Por qué no me esperas dentro de uno de los portales? Así seguro que nadie te ve —le insinuó él para su propia conveniencia.

—¡Genial! A ver... espera que piense...

—¡Venga! —le instó— ¿Cuál?

—Quizá... —dudó la pequeña—. ¡Sí! ¡El tercero por la derecha! Creo que es el número seis.

—¡Bieeeeeen!

La misma Raquel había planeado su propia trampa. No podía ser mejor. Así bajaría la guardia, aplacaría sus nervios y estaría confiada a la espera de “Libertad”. Eso también le tranquilizaba a él. No habría inconvenientes. Lo haría en el mismo portal. Lo había vigilado durante horas esa misma mañana y en aquella calleja de mala muerte no parecía vivir nadie. Apenas un par de ancianas la habían recorrido en toda el día.

Asegurado el lugar, no quiso dejarse ver más y se alejó. Se presentó más tarde con el tiempo justo para aparcar el coche y acercarse distraído hacia el callejón. Antes de sortear el templete de música, le pareció ver entre la gente cómo alguien desaparecía camino del portal. Fue un instante, como si el final de una sombra le hubiera incitado a acercarse más aprisa. Sólo podía ser Raquel. Su víctima iba directa hacia el centro de su trampa. Confiado, con el pulso lacerando las venas de su cuello, se decidió a recorrer el medio centenar de metros que le separaban del callejón. Caminó despacio y llegó hasta el portal. Desde fuera no podía ver a nadie. El interior estaba oscuro. Miró a ambos lados de la calle y se decidió a entrar. Antes de que sus ojos pudieran acostumbrarse a la falta de luz, sintió que alguien se agarraba con fuerza a su brazo.

—¿Raquel? —preguntó con tono dulce para comenzar con buen pie lo que iba a ser una relación efímera.

Se giró hacia atrás y observó la mano que le sujetaba. Era la mano de un hombre. Cuando alzó la mirada, encontró en la penumbra un rostro crispado, atenazado por los nervios y el miedo, con el espanto marcado a fuego en unas pupilas dilatadas.

—Soy el padre de “Libertad” —balbuceó él indeciso, sin fuerzas, con el pánico inundándole los sentidos.

Fue en ese instante cuando sintió cómo un rayo de acero frío le atravesaba el corazón. Bajó la vista y observó cómo la hoja de un estilete salía de su propio cuerpo bañada en sangre oscura. Entonces lo comprendió todo. Raquel no era otra cosa que él mismo. Había caído en su propia trampa, sólo que el otro yo era más cruel, más sanguinario y más resuelto a conseguir su objetivo. Una vez descubierto, no quiso dejar testigos.

Cayó al suelo y escuchó sus pasos alejándose callejón abajo. ¿Cómo no se había podido dar cuenta de que era él quien estaba atrapado en su propia tela de araña? ¿Cómo había podido ser tan inocente, tan confiado, tan idiota? La vida resbalaba por el suelo teñida de rojo y no podía echarle nada en cara porque la culpa era sólo suya, porque él había sido su propio asesino.